los alumnos de una carrera. Fuertes divisiones existen entre los de los primeros años y los de los últimos; éstos porque ven en aquéllos elementos improductivos o competidores de mañana; aquéllos porque observan en los avanzados, suficiencia y severidad de hombres cargados ya con el peso de la sabiduría y de los años. El Centro Jurídico, indiscutiblemente, ha unido a todos los alumnos de la Escuela de Derecho, así de primer año como de cuarto y los próximos al Grado, por medio de vínculos de verdadera fraternidad. Así se prepara un cuerpo de abogados que se ayuden recíprocamente en el porvenir y no de competidores odiosos.

X

Queda hecha mención de los asuntos de más importancia ocurridos durante el período que terminó. Me resta dejar consignadas aquí mis rendidas gracias a los socios D. Romualdo Gallego, D. Jorge Agudelo, D. José Manuel Mora V., D. M. Calle Machado y D. Juan C. Castaño, quienes en el desempeño de sus elevados cargos me acompañaron de sus valiosas energías; y a todos vosotros que me habéis dado honor inmerecido, y aportado voluntad y esfuerzo eficientes a la obra del provecho común.

Señores Miembros

Medellín, Marzo de 1918.

J. DE J. GÓMEZ R.

DERECHO PENAL

R. ESCOBAR ISAZA

Sobre Criminalología

A formar la entidad jurídica *delito* entran como es sabido dos elementos esenciales: el material u objetivo y el subjetivo o intencional o bien, como dicen los criminalistas, el *cuerpo* y el *alma* del delito. El elemento subjetivo es la intención criminosa de ejecutar el hecho punible, y el elemento objetivo es esa voluntad ya exteriorizada y hecha sensible. Cuál es entre esos dos factores el más importante ha sido y seguirá siendo objeto de numerosas discusiones.

Nuestro Código Penal presta evidentemente mayor importancia al elemento objetivo y da importancia secundaria, casi nula, al factor moral. A combatir ese error jurídico que tan graves consecuencias acarrea, tiende esta disertación.

Es verdad que para que haya violación del orden moral, para que haya delito, no basta la intención criminosa, por dañada que sea, sino que es necesario que esa intención haya sido exteriorizada de un modo sensible; que aun manifestada la voluntad maliciosa a un extraño o iniciada su ejecución con hechos que no tienen enlace exclusivo con el fin delictuoso, no se ha causado el trastorno profundo en el orden moral, que solo un verdadero principio de ejecución o la ejecución misma pueden producir; pero también es cierto que esa importancia del elemento objetivo, tan grande que hace de tal elemento un factor esencial en el delito, aparece exigua si se le compara a la que tiene el elemento intencional.

Puede suponerse un hecho, el más grave, el más repulsivo, el que lesione más directamente la justicia, y aunque ese hecho viole profundamente el orden moral y cause enorme trastorno en la sociedad, si él no fue la exteriorización de una voluntad libre, si no estuvo precedido de un malicioso conocimiento perfecto, si una coacción moral u otra causa influyó sobre el agente al tiempo de obrar, entonces el hecho, por grave que

sea considerado desde el punto de vista objetivo, no es un delito o es delito atenuado.

Un argumento de analogía encuentro en favor de la tesis que vengo sosteniendo y lo expongo, por la fuerza que a mi modo de ver tiene a un a riesgo de pasar por pedante: los tratadistas de derecho criminal, como lo dije arriba, han llamado *cuerpo* del delito al elemento objetivo y *alma* al factor intencional, por las semejanzas que encuentran entre el compuesto jurídico delito y el compuesto esencial hombre. Ahora bien: la psicología de la escuela escolástica denomina los dos principios esenciales de los cuerpos *materia prima* y *forma sustancial*, y establece que en el compuesto humano es el cuerpo la materia prima y es forma sustancial el espíritu, pues que es el alma la que da individualidad y sustancia al compuesto y le presta una forma esencial, para lo cual obra sobre el cuerpo y en unión con él; porque, dicen los sabios principios de aquella escuela filosófica, el cuerpo es en el hombre el elemento determinable y es el alma el factor determinante. Así mismo en el delito, siguiendo el símil anotado antes, puede decirse que el elemento objetivo o cuerpo, aisladamente considerado, es nulo, es la materia prima o factor determinable sobre el cual obra el elemento moral, la forma sustancial o principio determinante, para darle individualidad peculiar, y formar la esencia y la sustancia del delito.

Siendo, como está claro que es, tan importante la intención del agente en el hecho criminoso; existiendo tantas fuerzas morales, tantas circunstancias capaces de ofuscar el entendimiento y de destruir la voluntad y siendo así que esas causas obran de tan diversas maneras sobre los distintos individuos porque en todos es distinta la individualidad psicológica ¿será científico establecer en un Código Penal que determinada circunstancia destruye el entendimiento y que otra no logra ofuscarlo, que tal pasión, cuando obra de cierto modo aniquila la voluntad y en cambio no influye sobre ella obrando de otra manera?

Los efectos de una pasión no deben medirse por ella misma sino por la circunstancias peculiares del paciente sobre que actúe. La pasión de los celos, por ejemplo, cuando influye sobre un individuo de tempera-

mento exitable, violento y sobrado sentimental, obrará con gran fuerza; y en cambio si el individuo en que obra es de natural frío, calmado y poco exitable, apenas se producirá una ligera conmoción.

Otra circunstancia entra, de manera especial, a variar la influencia que una coacción moral puede tener sobre el paciente y es la fuerza de voluntad distinta, por temperamento y por educación, en todos los individuos. Porque en un individuo de voluntad firme con suma dificultad obrará la coacción aunque sea de suyo violenta, porque su fuerza se hallará contrastada poderosamente, y en cambio en otro individuo de voluntad débil como apenas si halla resistencia, es natural que obre intensamente.

Y no se crea, por las consideraciones que anteceden, que yo parto para llegar a tales conclusiones de los principios del determinismo; nó, tengo como base de mis ideas en este punto la teoría del libre albedrío. Pero al mismo tiempo que reconozco que toda acción normal es el resultado del análisis y de un acto de voluntad de que solo el libre albedrío es determinante, reconozco también que hay actos anormales en que el entendimiento, por la influencia de un desarreglo patológico en la materia, producido por circunstancias especiales, es incapaz de analizar, y otros actos en que la voluntad por la misma causa, no obra con libertad y conciencia.

Otro grave error en un Código Penal es el de presuponer, sin que ello haya sido demostrado, que en el agente hubo voluntad y hubo malicia al tiempo de ejecutar el hecho criminoso. Bien es verdad que la parte animal de nuestra naturaleza es inclinada al mal y que si ella sola formara el individuo humano aquella presunción sería muy justificada; pero también es cierto que unida a la parte animal está la racional y ella es, como lo enseña la filosofía, inclinada al bien en todas sus facultades; y si, como lo enseña esa misma ciencia, la parte moral se impone sobre el cuerpo por ser más excelente y elevada ¿por qué suponer que el individuo al obrar tuvo una voluntad perversa, sólo porque el hecho que ejecutó es malo, si para ejecutarlo debieran influir en él causas poderosas capaces de vencer su natural inclinación al bien? Si tales causas fueron la sed cri-

minal, malsanas pasiones o ruines apetitos, que sea castigado el individuo para reparar el orden jurídico violado, pero si una poderosa fuerza moral obró sobre él hasta hacerlo irresponsable, que el hecho quede impune porque el sujeto no ha faltado; y en todo caso, que no se le condene sin oírle, que no se le juzgue criminal sin demostrárselo, porque es sabio principio de derecho y de moral que la buena fe en el individuo se presume mientras no sea demostrado lo contrario.

Los errores de que he hablado nacen de considerar al elemento objetivo del delito como más importante factor, y podrían corregirse dándole al factor moral la preponderancia que le corresponde. Con tal objeto debería tomarse por base del Código Penal no una tarifa de delitos sino una científica tarifa legal de motivos de enjuiciamiento; de este modo quedaría al cuidado del Juez la labor de estudiar la individualidad psicológica del procesado, para que pudiera establecerse sobre base fija la culpabilidad. Solo así podría corregirse el gravísimo mal que se repite a diario de condenar individuos inocentes, no sólo al amparo sino en obediencia de la ley.

No niego que tal sistema, en nuestra época y en nuestro medio, tiene graves inconvenientes entre los cuales está en primer lugar la falta casi absoluta que hay en los jurisconsultos de los principios de la psicología y de la sociología; pero este inconveniente podría corregirse estableciendo en las Universidades, dentro del *pensum* de estudios de Derecho y Ciencias Políticas, cátedras de esas ciencias psicológica y sociológica, regentadas por profesores competentes, con el fin de que se estudiaran tan a fondo como fuera posible.

Si alguna vez este *desideratum* se alcanzara; si alguna vez la base del procedimiento criminal no fuera una calculada tarifa de delitos, sino los principios de la psicología aplicados a la criminalología, entonces podría pensarse que empezábamos a vivir en la República ideal que constituyera el hermoso utopismo de Platón.

CONFERENCIA (*)

del socio D. Horacio Franco P. en la sesión que celebró el Centro el 12 de Octubre de 1917 en el Salón de la Asamblea Departamental en celebración de la Fiesta de Raza.

Al Dr. M. Moreno Jaramillo.

En el continuo ascenso de la humanidad hacia su perfección máxima, hacia la consagración definitiva de los grandes principios, hay dolorosos períodos de transición en que parece que esa misma humanidad agobiada por el peso de una tradición gigante, quisiera reevaluar conceptos y definir orientaciones, y éste es uno de esos dolorosos períodos que marcarán en la Historia humana el fin de una civilización muchas veces secular y el principio de otra que por nuevos caminos y después de cambios radicales, atraerá sobre sí nuevos problemas y arduas complicaciones en la penosa reconstrucción de la humanidad futura. Las naciones fuertes se debilitan y las débiles se acaban, en tanto que espíritus generosos sueñan con una cofraternidad completa, con la perfecta armonía de todos los pueblos de la tierra; pero la realización de esta hermosa utopía, a más de los obstáculos invencibles de raza, costumbres, religión etc., encuentra el insuperable de la selección natural, ley inmutable y eterna que así se cumple en los individuos en particular como en las colectividades, y que irá siempre consagrando los ejemplares más fuertes y más adaptados en la lucha por el Ideal.

El Continente Americano, lejos de estar definitivamente formado, aún no tiene una finalidad concreta, una orientación definida; su inmensa riqueza y su admirable porvenir le atraen la codicia del Viejo Mundo que empieza a quejarse de anquilosis por algunos de sus flancos; y las rebeldes repúblicas del Sur, unidas por vínculos intelectuales y por comunidad de intereses y destinos sintiéndose amenazadas, empiezan por

(*) Este estudio ha sido hecho a instancias del Sr. Presidente del «Centro Jurídico», quien por honrosa designación me ha comisionado para ello. Al hacerlo sólo me guía el mayor desinterés y el consagrar por medio de un examen retrospectivo, un recuerdo a España y mi más ferviente deseo de acercamiento y unión. La índole del asunto que por sí sólo bastaría para llenar muchos libros, me constriñe a tratarlo muy sucintamente. Que mi buena voluntad justifique su decisión—El autor.